LA MUNDANA.

I

El *combate de las flores* salió espléndido ese año. Desde las primeras horas de la mañana comenzó á transitar por la carrera de San Francisco muchedumbre extraordinaria y heterogénea de gente á pie, desde el almibarado lechuguino á la última moda hasta el boquiabierto payo. Otra multitud de coches y jinetes corría pronto por el medio de la calle: desde el ligero *tilbury* hasta la pesada calesa á la *Dawmont;* desde el estridente simoncillo de caballos fantasmas hasta el cupé brillante de fogosos bridones; y desde el *gentleman rider* dando sentones acompasados en su amojamada caballería hasta el opuesto *charro* de ancho sombrero galoneado y sonante botonadura de plata. Entre los coches adornados de flores, fantásticos algunos como combinaciones de kaleidoscopio, iba un landó abierto, trocado en sesta enorme tapizada de violetas y rosas blancas, que conducía á Concha

y á sus dos primas, vestidas, aquella de morado pálido, éstas de blanco. Concha estaba en el paraíso, lucir era para ella la suma felicidad. ¡Con qué satisfacción repartía miradas y sonrisitas á los balcones enflorados, desde los cuales cientos de ojos la veían! ¡Con qué estolidez olímpica recibió la lluvia de agasajos, de tiras de papel retorcidas y de flores deshechas, que al pasar bajo las ventanas del *Jockey-Club,* sobre su landó caer dejaron! ¡Con cuánta fruición sentía luego rodar el carruaje por la suave calzada de la Reforma! Allí en el término el castillo de Chapultepec amarilleaba de luz en medio de las opacas arboledas. Las ringleras de eucaliptos parecían entreabrirse para recibirla. Y aquel aire libre y oloroso á humedad y á resina, y aquel blando rechinar de las ruedas en la menuda arena, y aquella variedad de carruajes, de flores, de ropas y de fisonomías se precipitaban en su alma, atropellándose por entrar, como las aguas de un río en un boquerón abierto en mitad de su cauce. ¡Qué ansias tenía Concha de que el mundo entero fijase en ella su vista y su corazón! Y el mundo veía tantas cosas en

aquel paseo que apénas si alguno advertía la presencia de aquella joven. Ella esperaba que á la hora de repartir los premios, cuando les tocase la bandera blanca, signo del primero, que sin duda les tocaría, todas las miradas acabarían por converger á su carruaje. Mas ¡ay! llegó la hora. Junto á la estátua de Colón bajo una tienda rayada de azul y oro estaba el jurado calificador. Frente á ella desfilaban pausadamente los vehículos adornados. Y Concha vió con gran desengaño que entregaban la bandera blanca á un *mylord* sin más adorno que cuatro guías de camelias y cuatro flores humanas, cuatro muchachas no del todo lindas; pero, ya se ve, eran de la familia de los jurados. La amarilla, pensó Concha, el segundo premio será nuestro. ¡Oh desilusión! Un *faeton,* trocado en gruta de musgo y azáleas, dirigido por un célebre parásito de ciertos gobernantes arrancó luego tremolando la enseña de color de gualda. En ese momento adelantóse casi rozando el landó de Concha, un primoroso cesto de mimbres, tirado por cuatro jaquitas negras como la noche y con jaeces de color de lila. El cesto iba

entrelazado de azucenas de Orizaba y camelias de Coatepec, y en él un jovencito y un niño, vestidos de *hijos de Eduardo.* Era el mayorcito aquel joven rubio, de nariz aguileña y ojos muy claros, entenado de un banquero, aquel idólatra del *sport,* derrochador infatigable, que todos conocieron, y que se hacía llamar en esta venturosa república el condesito de Banyuls. Este, al pasar, arrojóle á Concha una camelia purpurina y corrió á tomar el estandarte azul del tercer premio, que ya en la puerta de la tienda le ofrecía su insolvente deudor y amigo, el último de los calificadores.

Apresuróse la joven á coger la flor y creo que sintióse algo consolada de no haber obtenido el tercer premio con lo que ella juzgaba el aplauso y la admiración del rubio doncelito. Por fin, que la *cesta* de rosas blancas y violetas, el landó de la señora Echeveste se quedó sin premio aquella tarde, ya fuese porque su dueña no gozaba de mucho influjo con los que discernían las recompensas, ya porque (según decía Concha), la mezquindad de su abuela no había permitido que la compostura saliese artística y

elegante. Pero más que la impresión de su vanidad aplastada, ocupó el ánimo de Concha el resto de la tarde la imágen del condesito de Banyuls, que ufano con el premio obtenido ó poco sensible, no volvió á hacer caso de la chica después de haberla tirado la camelia.

Al anochecer regresaba Concha con el alma magullada, con esa tristeza y excitación del que ha probado lo vacío de las vanidades, cuando cayó en su falda un ramo de miosotis y gardenias, llevando atado un billetito leve y oloroso. Se lo enviaba Ruben Hernández, aquel morenillo de ojos muy negros y bigote recortado, aquel pobretón y baldío, hjo de un político insignificante.

II

Ignoro si Concha de Echeveste se contentó de todos los disgustos padecidos en el *combate de las flores,* con la carta de Rubén; pero éste siguió rondando bajo los balcones de Concha. Advirtióle la abuela, habló mal del pretendiente, sin tasa, á solas y

delante de otros, en la mesa y en el estrado; y la nieta, caprichosa y holgazana, se emperró en corresponderle. México entera supo entonces aquel noviazgo desigual, porque ni ella ni él se recataron un punto, ella por darles en cara á los de su familia, él por hacer gala de su gloriosa conquista.

Juanito Velázquez, el sietemesino más charlatán de la esquina de la *Esmeralda,* hacía el juicio más exacto de aquel amante osado, diciéndoles una y cien veces á los amigos: "Ese Rubén es un novio imposible, no se cancen ustedes, imposible. En su figura es cursi, en su porvenir, no llega á empleadito, en su familia. . . . Un detalle que lo dibuja: tiene veintiseis años, y todavía le pide á su padre hasta para cigarros. Es un novio imposible. Esta Concha es una imbécil." Pero, á pesar de la imposibilidad y contra todo viento y marea iba pudiendo hacerse amar de la rica doncella y dándole á la abuelita cada rato que era una maldición de Dios.

III

Diez meses contaban las relaciones de Concha y Rubén, diez meses de largos coloquios por la ventana, en presencia de la multitud, diez meses de citas en el paseo, en el teatro y en el templo, diez meses de darse al diablo la cariñosa abuela y de que su bolsillo trasegado por mano de Concha sufragaba todos los gastos de Rubén Hernández. Esa noche la cita era en el *skating--rink,* á donde solía ir de vez en vez Conchita á patinar.

¿Conoces, lector, aquella sala con pavimento de madera lisa, encerada y radiante, donde van á resbalar los mozos festivos y las mozas desenvueltas calzados con extranjeras rodajas? Hay en ella estrados y graderías arrimados á las paredes para las mamás y los espectadores, gigantescos trozos de hielo con ramilletes de flores del tiempo en su interior, colgajos de hilos briscados que remedan escarcha y arcos de luz eléctrica y bombitas indandescentes que escupen manchones de reflejos en piso, hielo y techumbre. Esa noche muchas lindas aristócratas

resbalaban á más y mejor, Conchita, no muy diestra, iba y venía girando como una endemoniada, inclinando el cuerpecito á diestra y siniestra, sosteniéndose á veces con dificultad, apartando ó juntando sus esbeltos piecesillos. El conde de Banyuls allí andaba, rayando firmas, y letras con los patines en el suelo, ágil como una ilusión. Rubén Hernández, que ni sabía de patinar, ni podía exhibirse, arrinconado contemplaba á su ídolo. La vieja señora de Echeveste y otras como ella, charlaban, reían, se emocionaban, aplaudían en las butacas según las peripecias. En uno de tantos volteos Concha perdió el equilibrio, sintió escurrirse sus pies hácia atrás y buscó apoyo en el vacío. El condecito voló en su ayuda, por la cintura la tomó y la sostuvo. Ella muy pálida y falta de aliento, le dijo: *gracias, caballero,* y prosiguió la fiesta. A Rubén le dió ira aquella cortesía del rubio mozalbete; más tuvo que resignarse, pues tales sucesos son muy frecuentes y así va el uso. Muchas caen, muchos las levantan, unos por el brazo, otros abrazados, quién la aprieta á una las correas de los patines, quién la sacu-

de á otra la falda empolvada en la caída. Opino que de tales farándulas no han de salir muy bien librados la modestia y el pudor de una doncella. ¿No te parece, *lector cándido* (como te llamaban los antiguos escritores y editores en sus indispensables prólogos), que lo eres en realidad si llevas á tus hermanas ó á tus hijas á esos *skating* que Dios confunda?

De pronto un gritillo de mujer interrumpió las risotadas, que habían sucedido á la caída fenomenal de una pareja muy amorosa. ¿Qué era? Concha yacía en el piso, boca-abajo, y el condecito de Banyuls la asistía solícito. La abuela se levantó con trabajo por su extremada obesidad á ver qué había sucedido. Rubén no pudo contenerse, acercóse con timidez. Concha volvió pronto en sí en brazos del condecito. Se había hecho sangre y ¡oh dolor, oh pérdida irreparable! se había roto un diente de la mandíbula superior, el más gracioso de los que se le veían, al decir de Rubén.

Resultados: que un buen dentista ganó mucho en hacerle á Concha una orificación en el diente roto, y que Enrique Marot y Villafranca, conde de

Banyuls, hijo del Dr. Marot, médico francés, que en más felices tiempos enriqueció, por ser extranjero más que hábil facultativo, en este hospitalario país más propicio con los extraños que con los propios, y de una dama, á quien los maldicientes apellidaban *Ninon de Lenclós,* casada ahora en segundas nupcias con un banquero tan rico como imbécil, halló fácil entrada y pronto fué visitante semanario en casa de los Echeveste con motivo de lo sucedido en el salón de patinar.

IV

En ese tiempo un papel periódico, que era la presunción misma, convocó á un certámen de *bellezas,* ofreciendo por galardón á la que más votos obtuviese, una magnífica luna veneciana con marco al estilo del Renacimiento. Rubén Hernández entonces se dió á comprar ejemplares de aquel periódico, á recortar cupones, á llenarlos con el nombre de su adorada, calzándolos con distintas firmas y á remitirlos á la redacción, todo con los billetes de á cinco duros que Conchita le proporcio-

naba diariamente sonriendo con cierto airecillo de inteligencia. Pasaron treinta dias justos y la ilustre doncella Doña María de la Concepción Echeveste fué declarada por diez mil *votos* la más hermosa mujer de la gran Tenocxthitlan y recibió el prometido espejo, que no era tal luna veneciana sino un vidrio azogado de tres al cuarto, y su nombre y su imágen corrieron por el mercado como los de una *diva* de zarzuela, y ese mismo día la declaró su amor el condecito de Banyuls y casi en seguida fué mandado á paseo Rubén Hernández, que había puesto en la casa de préstamos hasta el reloj, el paragiias y el abrigo para comprar *votos de belleza*.

V

Enrique Marot y Villafranca á los dieciocho años pidióle á su madre como el hijo pródigo su legítima, se hizo habilitar de edad y se casó lujosísimamente con la señorita de Echeveste, para emprender una vida tan fastuosa que á nadie pudo antojársele. Aquello era dilapidar dinero. Vivían los dos

pichones en un nido palaciego que parecía soñado. Concha no hacía nada, enteramente nada, ni arreglarse una arruga del vestido; era la criatura más ociosa que la pobre tierra ha soportado. Tenían de vicio coches, caballos y sirvientes. Enrique había dado suelta á su manía nobiliaria: usaba el escudito del inverosímil condado de Banyuls en todos los carruajes, en el hebillaje de los arneses, en la vajilla, en. . . . hasta en la ropa blanca. Gastaba otra *manía* menos inocente, la de jugar á todas horas á todos los juegos de azar posibles é imaginables. A los cinco meses de matrimonio todos los bienes raíces de ambos consortes estaban grabados con formidables hipotecas; pero no había diversión en que no se viese á los recien casados radiantes de juventud, de petulancia y de joyas.

En el hogar andaba muy mal todo. Concha era de aquellas desventuradas olvidadizas é ignorantes de Dios á quienes puede repetirse lo que el divino Maestro dijo á cierta mujercilla: *¡si supieras el don de Dios*! En punto á moral yo se que la condesa de Banyuls tenía conversaciones de una per-

versidad trashumanante. La portera de su casa, que no rivalizaba precisamente en lo pudibunda con una Catalina de Vastena, solía decir: *lo que es la niña habla que da grima.* Sí, Concha con el casamiento había desenfrenado su lengua, se creía perfectamente libre en palabras, al fin era casada. Vestía de *piel de seda* y se perfumaba con *piel de España* (!) pero debajo de tanta *piel* y de tantos blasones de condesa, parecía haber venido de las *Atarazanas.* En punto á limpieza, la cosa caminaba igual. Si el ama de llaves y las recamareras no ponían remedio, la ropa sucia permanecía sobre los ricos sofás de *marroquí,* y el servicio de té lleno de resíduos en la mesa de la sala. Lo que es en lo hacendosa la condesita era peor que en el hablar. Aprendió á tirar las medias que se quitaba, al desvan y á llamar á los criados con pestes. Solía beber copitas de *marraschino* y firmaba: *zondeca de Vanllules.*

VI

En la calzada, que conducía á la plaza de Toros, que de Colón llevó el nombre, hormigueaba la gente de á pie, los *charros* á caballo y los elegantes en coches de paseo, todo el mundo riendo y hablando con rara animación y llevando escrito en el semblante el loco entusiásmo de los que van á ver las fiestas de toros. Allá iba, dejando atrás á los otros vehículos, abriéndose paso, á medio atropellar, en los grupos de á pié, un descubierto *faetón* tirado por cuatro alazanes ingleses y lleno de la gentecilla más loca y elegante que en México se ha visto. Manejaba las riendas una muchacha rubia vestida de color de salmón con anchísimos y flotantes lazos de color de hoja seca. Sentábase á su lado un caballerito de cortas patillas rubias y detrás en las banquetas un montón de troneras bien vestidos y chisgarabises. No había más que echar ojo á la portezuela de atrás y el pintado blason de *Banyuls* decía á gritos vanidosos que allí iban Concha, su maridito y sus amigos. Los que le acompañaban esa

tarde eran los tres hijos de un abogadillo sin pleitos, tan pobres como empeñosos por ser contados entre los calaveras más aristocráticos y gastadores, para lo cual habían escogido como medio eficaz el ser parásitos inseparables del pródigo condecito de Banyuls.

Dentro del círculo, dvidido en dos semicírculos, uno de parda sombra, otro de claro sol, la muchedumbre ostentaba sus colores varios como los de un reptil venenoso que se enrosca á orillas de un camino, y hacía sonar sus rumores revueltos como de selva herida por el huracán. En la tendida gradería del sol brillaban los blancos é insuficientes vestidos y los anchos sombreros de palma de los plebeyos, las ropas de chillones colores de las mujeres que resaltaban como manchas obscuras los trajecillos cursis y deslustrados de los *rotos*. Junto á la barrera de sombra una fila de mujercillas españolas (de esas que nuestra antigua Metrópoli deja venir entre celemines de horteras y toreros en las sentinas de sus trasatlánticos, como basura que se arroja al muladar) lucían su impudor, tendidos sobre el ba-

rrote delantero los clásicos mantones blancos floreados de vivos colores. Y detrás mofletudos comerciantes, satisfechos capitalistas, jóvenes de la mejor clase y holgazanes incoloros llenaban las gradas, sin que faltasen señoras y señoritas decentes á cuatro pasos de las meretrices. En los palcos de arquitectura arabesca pintados de amarillo iban apareciendo familias muy conocidas; y ese movimiento y ese rumor que precede á las funciones de toros inundaban los ámbitos del coso. Quien zanqueaba los peldaños del tendido en busca de un lugar vacío, quién caminaba tras la valla para ir á saludar á un amigo; uno golpeaba con roten las tablas, otro comía fruta; éste se limpiaba la frente con el pañuelo, aquél se hacía lenguas de la bravura de las reses por lidiarse. Y se aspiraba el húmedo olor de la arena recien regada y se oía el zumbido sordo de tantas pláticas interrumpido á veces por gritos de impaciencia ó por chistes de mal género.

El condecito de Banyuls apareció en su palco seguido de su mujer y sus pitanceros. Las ramerillas españolas se guiñaron maliciosamente los ojos y

hubo alguna que lo saludó con la mano como á viejo conocido. Dos aristócratas que fumaban y reían en el sitio de los jinetes comenzaron á murmurar si aun tendría Enrique con qué pagar los billetes de entrada, porque era público que sus negocios andaban pésimamente. En esto asomó en el palco presidencial el señor Juez de plaza, el padrastro de Enrique, acogido por la muchedumbre con ese ruido que yo no sé á punto fijo si es de aplauso ó de irrisión.

Poco después salía por la puerta de la cuadrilla un alguacil vestido á la antigua usanza, cabalgando en zaino potro andaluz, que haciendo corbetas y escupiendo espuma lució por todo el redondel, su más famoso paseo. Acercóse al palco del Juez, pidió la venia y la llave, que atada con un moño de púrpura y gualda le arrojaron y cogió al viento con limpia destreza, y partió al galope ágil y donairoso al son del general palmoteo. La banda musical de los *granujas corrigendos* comenzó á tocar una transcripción de Cármen, llevando el compás con golpes diversos cinco mil espectadores. La cuadrilla entró al redondel, mar-

chando con todo el garbo y salero que en Triana suele gastarse. Venían de á tres en fondo los estoqueadores y banderilleros atestados de lentejuelas y alamares y con las capas terciadas airosamente á su modo; en seguida los picadores, cuyos pantalones de ante, chaquetillas cubiertas de motas y rapacejos y combos y adornados sombreros hacían contraste con la flacura y enfermedad de sus rocines, y al fin las mulas embanderadas para arrastrar á los animales muertos y los mozos de plaza con sus vestidos de abigarrado mico. Agitando las monteras al aire saludaron al Presidente y al público y se distribuyeron por la periferia del coso.

Sonó el redoble de la corneta, se abrió el toril y, agitando los airones de la moña negra y colorada que acababan de elevarle, saltó á la arena el primer toro, negro como el carbón y cuyo rizo testuz y cerviguillo amoratado y rugoso indicaban su bravura y potencia. El primer matador (aquel Mazantini *tendencióso* chulo español que admiraron los mexicanos por gran precio), le quitó la moña á la fiera con una gracia que se derramaba y se la

mandó regalar á la Condesa de Banyuls, de cuyo esposo era íntimo amigo. Concha se sacó del dedo una sortija de brillantes y se la arrojó al espada. Al ver aquel lance un hombrecillo muy obeso de antiparras azules que estaba en el escaño inmediato, rechinó los dientes y lanzó un gañido inexplicable. Las turbas aplaudían. El torero con tres ó cuatro capeos elegantísimos y muy correctos le gastó la ligereza á la res. Ya los picadores la esperaban formando grupitos junto á la barrera con los peones, que meneando la capa atraían al cornúpeto. Se paró éste un instante, miró con asombro á los jinetes, rascó la arena con las pezuñas delanteras, olió el suelo, quedóse como indeciso, moviendo lentamente la cola y mosqueando alternativamente con las orejas y se arrancó de repente con fuerza de titan. Recibióle la punta de la pica, hiriéndole en el morrillo, saltó un chorrito de sangre, y, no bastando ni el esfuerzo del jinete ni la dureza del castigo á contener su ímpetu, atravesó con el cuerno derecho el caparazón, enganchó al jamelgo, y volcándole siguió su carrera con el asta ensangrentada, entre pe-

queñas nubes de polvo. El caballo herido rodó, embrocando en la arena la húmeda masa de sus intestinos con un charco de sangre y el picador cayó como cuerpo muerto, sonando su armadura contra las tablas de la valla. Concha aplaudía risueña con sus manecitas enguantadas de blanco. La sensibilidad, lo último bueno que le queda á la muejer, en Concha se había presentado en quiebra. La suerte de varas se repitió seis veces con igual ventura. La fiera dejó estampadas en el polvo otras tantas caballerías. Quedaba una semi-viva, echada, con la cabeza alta y desvendada, enredando una pata en sus propias tripas. El toro se acercó á rematarla, le vió venir, hizo vano impulso por incorporarse, bufó tristemente y dos cornadas la deshicieron el cráneo. El pueblo aplaudía, no á los lidiadores, á la bestia brava. Gritos obcenos y blasfemias atronaban el aire. Aquello no podía ser un pueblo civilizado, sino una horda de cafres vestidos.

El clarín tocó á cambio de suerte. Dos toreros empuñaron los rehiletes adornados de crugiente oropel y papelillos rizados; agitando los brazos citó

el uno á la res, que con la cabeza inclinada se fué sobre él. Desvió el lidiador su cuerpo con maña y clavó en la cruz del animal los dos palos (cuyos rejones rechinaron al entrar en la carne convulsa) y quedaron rectos y levantados como los cuernos de una babosa, mientras dos hilos de sangre bordaban la negra piel y el bruto adolorido y furioso corría ciego de cólera á buscar venganza. Poco después el toro, jadeante, con el lomo erizado de banderillas se detenía en medio del coso, lanzando como miradas de bestial desdén al divertido gentío. Sonó tercera vez el bronce. El espada, con terno de negro y dorado tomó el estoque y la muleta, se dirigió á Enrique Marot y brindóle la suerte de la fiera en estilo ménos ruín del que suelen emplear los de su clase. Erguido, y bien puesto, con la espada de azul empuñadura en la diestra extendida hácia atrás, en la siniestra haciendo temblar la engañifa encarnada, llamó á la fiera, que vino á embestir el trapo con noble estupidez.—Ese toro es noble como un príncipe—gritaba el de Banyuls poniéndose rojo. Cinco ó seis veces el matador hizo pasar al animal

atraído por la flámula, tan cerca de su cuerpo que la última le rozó con los pitones el cuerpo, y, viéndole colocado en buena posición, le hundió el estoque hasta el puño en lo más alto del lomo, más no con tanto acierto que le matase. Dos ó tres veces más aquel relámpago de acero, que el hombre blandía, desapareció instantáneamente envainándose en el cuerpo del toro, y éste vivía. Enojado el torero, intentó el descabello, la punta rasgó el testuz, levantóse un chorro de sangre, la fiera dió un salto descomunal y rodó exánime á los pies del matador. Una lluvia de sombreros, de tabacos y monedas cayó al redondel. Enrique Marot le arrojó al torero su cartera de piel de Rusia con billetes de Banco.

—¡Ah! tienes carteras y billetes para los toreros y no puedes pagarme doscientos pesos, grandísimo canalla —gritó una vocecita apretada por la ira. Y en dos por tres escaló el palco del condecito aquel hombrecillo de las antiparras azules, y cogiendo por la solapa á Marot, continuaba furioso: Págame, págame, no te irás sin pagarme, supinísimo tramposo. Enrique ha-